HIBISCO

Mi nombre es Hibisco, y desde hace unos cuantos años que vivo una vida plena como jubilado. Antes de eso era profesor de Historia en Secundaria, pero también he vivido un larguísimo recorrido como activista en cuestiones de género y masculinidades. Todo empezó antes del 2001, donde por mis contextos y vivencias personales me sentía incómodo con el marco normativo en el que estaba. Fue a través de este sentimiento de diferencia que decidí hacer algo al respecto e intenté buscar a hombres que también se plantearan formas de ser hombre. De este modo, reconozco la relevancia que tuvo no solo mi deseo sino también, en palabras de bell hooks, mi voluntad de cambiar.

Entonces empecé a moverme por tal de encontrar ese cambio que tanto deseaba y me movía. Mi primer contacto fue en espacios de grupos de hombres, pero por una cosa u otra estos se disolvían con facilidad, siendo el compromiso punto clave a la hora de que acabaran desapareciendo.

No obstante, esto no me frenó y seguí avanzando con mis reflexiones sobre masculinidades. Fui recorriendo diferentes eventos como congresos, jornadas o foros por diferentes lugares de España, donde conocí a muchas personas. Esto, junto a haberme nutrido mucho también con la lectura, ha sido algo muy importante para mí ya que no solo me hizo comprender que no era el único hombre que se encontraba en esta tesitura de incomodidad y necesidad de reflexión, sino que me ofreció una perspectiva más amplia del fenómeno y pude comprender cómo empezaba a haber todo un surgimiento a nivel global sobre estos temas.

Asimismo, todas estas vivencias me iban ofreciendo acercamientos al movimiento de hombres por la igualdad, asociaciones y entidades de muchos lugares, pudiendo forjar una red de contactos y conocimientos muy bonita y fructífera.

En 2003 colaboré en la creación un grupo de hombres, el cual se acabó constituyendo en el propio instituto donde yo daba clase. Sin embargo, en 2004 decidí orientarme a un trabajo más político y social, vinculándome a AHIGE, siendo la única asociación de hombres por la igualdad a nivel estatal. Posteriormente, en 2009, constituimos una propia asociación catalana, llamada Homes Igualitaris, asociada a la anterior, de la cual he sido presidente, luego secretario y, actualmente, un socio más.

Feminismo y movimientos de masculinidades

Toda mi trayectoria política y activista ha sido desde una perspectiva muy clara, la cual no puede obviar al feminismo de ningún movimiento de masculinidades. No solo es que haya una relación entre estos, sino que hay todo un reconocimiento como deudores del feminismo, ya que no estaríamos aquí si no fuese por todo el trabajo que se ha hecho desde el feminismo.

En mi caso personal, yo no hubiera hecho todo esto si no hubiera tenido a mi hija. Ves el mundo a través de los ojos de una hija y te hace verlo todo de otra manera. Por otro lado, he tenido la suerte de tener a mi lado a muchas mujeres feministas en diferentes esferas de mi vida, a quienes les debo mucho por todo lo que me han enseñado y permitido aprender. Además, tengo una compañera de vida que siempre me ha ido tocando la cresta de gallo cuando me salía, haciéndome avanzar y mejorar.

Mi experiencia es un ejemplo claro de que, habiendo vivido todo esto junto a mi posicionamiento, se abre el eterno debate de si, por tanto, somos feministas, aliados, profeministas, y en sinfín de nomenclaturas más. Realmente no sé si tiene mucho sentido esta discusión semántica. Hay sectores feministas que consideran que el feminismo es solo de mujeres y, pese a que no es mi posición, entiendo perfectamente esta posición y el recelo que sienten frente a que ocupemos este espacio con ellas. También hay otros sectores que mantienen otra posición, como bell hooks. Ella dice que el feminismo es para todos, por lo que interpela e incluye a los hombres también. Por eso es en este línea feminista en el que me siento más cómodo, lógicamente.

La realidad que vivimos es que, sin buscar equiparar ni comparar, tanto las mujeres como los hombres hemos decidido movilizarnos por un dolor. Ese dolor hay que trabajarlo, transformarlo y convertirlo en una palanca de transformación social. Pero trabajar desde el dolor y la rabia, aunque sean motor de cambio, tiene un recorrido muy pequeño y te puedes encontrar con muchas resistencias, pero sobre todo con muchas reacciones negativas. Y aunque sean lógicas y legítimas estas posiciones de algunos sectores feministas que alejan y rechazan a los hombres por la historia que hay detrás e incluso sus propias experiencias. Las consecuencias de un feminismo demasiado punitivista, castigador y culpabilizador de los hombres puede provocar reacciones contra la lucha feminista. De hecho ya está pasando. Estamos viendo una ola reaccionaria neomachista que, además, está siendo subvencionada y financiada desde posiciones políticas y económicas bastante marcadas.

Por otro lado, se abre otro gran tema como es qué posición ocupan los movimientos de masculinidades y desde dónde trabajan. Y es que de la misma manera que con lo anterior, hay que buscar trascender sobre aquello que nos frena el avance y la transformación. Debemos trabajar ese malestar. No podemos quedarnos también en el malestar y la rabia. No sirven, no son buenos consejeros. Del mismo modo que tampoco sirve caer en la autoculpabilización y flagelarnos por ello. Esta técnica de acritud con uno mismo muchas veces acaba produciendo el efecto contrario al perseguido. Yo he experienciado esta posición y puedo decir que no es transformadora. Lo es la responsabilización. Hacerse responsable y ver cómo eres y cómo actúas para buscar cambiar aquello necesario.

De igual manera, es muy importante ir más allá de qué hemos hecho mal los hombres y qué no debemos hacer. Todo esto es muy importante pero en términos de avance, está limitado. Es vital trascender de esta posición de mártires y de lo negativo y empezar a buscar también qué es lo que podemos aportar. Que haya una posibilidad de abrir un campo en el que los hombres podamos aportar algo más allá del patriarcado. ¿Hay alguna palabra que poner encima de la mesa? ¿Se puede aportar algún saber?

Aprendemos y reconocemos el feminismo, pero queremos decir alguna cosa más allá de lo que las mujeres hacen y aportan, ¿Y nosotros qué podemos hacer o decir? Más allá de los argumentos en negativo: NO a la violencia de género, NO a la guerra… Podemos tratar de decir alguna cosa en positivo. No es un camino fácil porque no es un camino trabajado, pero eso no quita que se deba hacer y que nos pueda aportar grandes cambios. Además, esto requiere de trabajar mucho la conexión con nosotros mismos, con el mundo, las mujeres, las criaturas, la gente mayor… Y estamos muy lejos de esto.

Personalmente creo que la alternativa está en el amor. Aprender a amar y dejarnos amar. El amor es más transformador que la culpa. El amor hacia uno mismo y hacia otros como tus amigos, familia o pareja. Es la fuerza que nos mueve y los hombres debemos despojarnos de esa desconfianza y atrevernos a entrar en este territorio. Del mismo modo exponen bell hooks que los hombres deben aprender a amar y dejarse ir, por un lado; y por el otro, Bourdieu en un anexo en su libro de 'La dominación masculina' donde habla sobre el poder liberador del amor como herramienta clave para superar la dominación de los hombres.

El género como dispositivo y herramienta de cambio

Recogiendo lo anterior, creo que es importante dejar un par de aportaciones sobre cómo concibo el género y la relevancia de cara a cualquier avance y transformación como los que hemos comentado o los que vienen a continuación.

Antes de nada, creo que se está llevando el constructo del género a una banalización, y esto me molesta mucho. Actualmente veo cómo se esta llevando, de nuevo, a desdibujar esta diferencia que se había creado entre el género y el sexo. Como si el género fuese algo tan fijo y rígido como para solaparse con el significado del sexo, pero en lugar de hablar de un sistemas reproductores y hormonales, hablásemos de conductas y personalidades.

El género, como concepto, entró en el campo de las ciencias sociales con una clara intención: entender que era un dispositivo construido socialmente y que, por lo tanto, este podría ser deconstruido y transformado. Diluir este acercamiento nos hace perder su capacidad crítica y de

transformación, la cual ha servido en gran medida a lograr muchos avances. Es por esto que es muy importante no perder de vista esta conexión.

Asimismo, si este se lleva al terreno de las masculinidades, su potencial es inmenso. Es poder entender que los hombres también tenemos género, por lo que también hemos sido construidos socialmente y somos en base a esto. Aunque es una conexión que parece no llegar del todo, pues cuando se hacen estudios de género o similares se piensa que son estudios de mujeres. Es como si se pensara que los hombres no tenemos el problema y que solo lo tienen las mujeres, cuando justamente es al revés. Como decía José Saramago, es un problema que tienen los hombres pero padecen las mujeres. De esta frase hace 20 años ya, y sin ser del otro jueves, seguimos dando pasos pequeños y lentos.

Poder incorporar este factor a la realidad de los hombres nos permite visibilizar cómo la información nos cala y nos transforma, ya sea desde la escuela, los medios de comunicación, el cine, los amigos o la familia, como muchas otras cosas más. Además también permite dar una imagen de la diversidad, de la diferencia frente al imaginario. Que se puede ser hombre de muchas maneras. Es cambiar nuestra relación con un género que a día de hoy es como una armadura, ya que te defiende pero no te deja mover.

Del mismo modo, la lectura que se hace de este también es desde una perspectiva binarista, la cual reduce mucho la mirada hacia otras maneras y la diversidad que hay. Sin embargo, también veo que escapar del binarismo puede implicar eludir una responsabilidad de cambio desde dentro de este. Es el propio concepto de género que debe cambiar y adaptarse a la realidad y las necesidades de las personas, no obligar a que

las personas necesiten escaparse de él por ser una categoría tan rígida.

Aunque me planteo si el género debe permanecer o no, pienso que el camino más adecuado es hacia una sociedad sin la necesidad de este. ¿Es posible? No lo sé. Creo que es una utopía pero en el buen sentido porque es algo que nos mueve y nos hace caminar hacia una dirección. Tal vez yo no lo vea llegar, por eso sé que, siendo honesto y realista conmigo y mi posición, mi lucha la debo hacer desde hacer tambalear los discursos hegemónicos que hay dentro del género binarista. Son los primeros pasos en dirección hacia un camino lejos del punto de partida.

No tan nuevas masculinidades alternativas

Por otro lado, evidenciando haber recorrido un largo camino en estos temas me ha permitido ver claramente cómo han ido llegando nuevos acontecimientos a estos movimientos de masculinidades. La pluralidad de los hombres siempre ha existido, aunque en constante cambio, de la misma manera que una parte de estos llevan tiempo formando parte de las líneas y/o luchas feministas. Es por esto que las nuevas masculinidades no son tan nuevas. Hay que echar una mirada al pasado y recoger la historia para incorporarla. No es algo que haya aparecido de la nada.

Asimismo, la categoría "nuevo" es una marca. Dentro del neoliberalismo todo acaba teniendo una marca para poder vender más. Como si del nuevo Ariel se tratase y que este limpiase mejor que el anterior. Aquí no hay nuevo ni anterior, sino unos movimientos que han avanzado con el tiempo y se debe entender así para aprender tanto de los errores como de los aciertos ya realizados.

Del mismo modo con el concepto "alternativo". Se entiende como aquello que sale de lo normativo, y es cierto. Salir de la norma es transgresor, y es necesario, pero no todo lo transgresor es transformador y aquí es donde tenemos que prestar atención. Es por esto que de por sí pintarse las uñas o los ojos (aunque me parezca estupendo), implica que esto ayude a generar cambios. Para que aquello transgresor pueda ser también transformador es importante que consiga una repercusión social y que logre cambiar las relaciones hacia una más igualitarias, empáticas y de escucha. Es por esto que salir de la norma debe ir acompañado de un compromiso social para que así se logren avances y contribuir a las luchas. Puedes tener las uñas pintadas y seguir pegándole a tu pareja.

Posicionamiento antipatriarcal y la dinámica binaria

Por último, ya que he hablado de la transformación, es importante exponer cuál es mi posición cuando se pone este tema encima de la mesa.

En primer lugar, dejar claro que mi forma de entender el avance social trasciende de la dinámica binaria del enfrentamiento entre el fenómeno y su resistencia: capitalismo y anticapitalismo, patriarcado y antipatriarcado, sistema y antisistema… El motivo de esto es porque, por un lado, para superar el patriarcado hay que superar esta dinámica de enfrentamientos porque justamente lo que hace es reforzar la hegemonía. Si se trabaja poniendo en el centro el patriarcado lo que haces es darle mucho poder y valor. Por el otro lado, filosóficamente el concepto "anti" me parece muy pobre en tanto que no definen muy bien qué están pretendiendo más allá de posicionarse en contra de lo que se junta con este. Está claro que hay un marco hegemónico contra el que se posicionan,

pero muchas veces se quedan en ese plano convirtiéndose en una posición vacía.

Esto es algo que ha pasado en muchísimas ocasiones. Un claro ejemplo es desde movimientos políticos de izquierdas que ponen en el centro lo mala que es la derecha y que hay que ir en contra de ella para frenarla. De esta manera están dándole una voz que ha repercutido mucho en su auge, además de que se centraliza tanto este discurso de "en contra de" o "anti" que acaba pareciendo que con eso ya basta, y de esta manera, si no muestras un camino alternativo al ya existente, es muy difícil avanzar.

Aún así, esto no quita que yo no haya participado en movimientos "anti" o los haya apoyado. Incluso admiro mucho el movimiento de varones antipatriarcales de América Latina. Las posiciones "anti" las entiendo y las reconozco, incluso veo lo positivo que tienen y pueden llegar a hacer. En una conversación de café o en la que no puedo escaparme de una violencia directa del patriarcado, sí que me considero antipatriarcal y anticapitalista, pero de cara a cómo enfocar el avance no me parece adecuado.

No obstante, a raíz de un proceso de reflexión de muchos años, he acabado por posicionarme del mismo modo que hacen muchas feministas italianas como Carla Alonsi, Lisa Muraro, Ana Maria Fiusi, o incluso la misma Virginia Woolf. La forma en la que entendemos el feminismo es desde una intención de negarle la autoridad al patriarcado. Es ir más allá de esta dinámica de enfrentamiento entre el patriarcado y todo el movimiento antipatriarcal, ya que justamente ir contra él hace que este se refuerce. De esta manera le das agencia y autoridad. Tampoco digo que nos quedemos de brazos cruzados, ni mucho menos, sino que debemos enfocar el cambio social desde algo

positivo. No buscar confrontar el patriarcado sino darle la espalda, hacer como si no existiera (aunque siendo conscientes de que está ahí) y empezar a caminar hacia nuevos horizontes de cambio que realmente nos beneficie. Es dejar esta posición de resistencia que tiene que ver mucho con la resignación. De esta manera es como se puede conseguir que este se vaya haciendo más débil y acelerar su agonía. Quitándole autoridad y dejando de reconocerlo y darle atención. Y esto no quiere decir que dejemos de denunciar, de crear leyes o de hacer talleres. No es eso, sino reorientar la manera en la que miramos el contexto. Entender que es más efectivo buscar algo nuevo y trascender. Dejar el patriarcado al margen de nuestras prácticas.

Además, presentar así los movimientos es muy poco ilusionante. Cuando el argumento es esforzarse para que no gane lo malo en lugar de mostrar un horizonte positivo y que realmente cale, la fuerza movilizadora es muy limitada. Es como lo que decía de la política de izquierdas, entiendo que quiera ir en contra de la derecha y que no gane, pero bueno, vamos a proponer unos cambios sociales, a mejorar la vida de la gente, y que todo esto realmente llegue.

Para que haya ilusión por la transformación no podemos quedarnos en solo ir contra el sistema, sino crear realidades nuevas, aunque sean a pequeña escala, porque serán estas pequeñas cosas las que harán de gérmenes que irán expandiéndose y cogiendo poder. Y es que como dice Gramsci, no se construyen nuevas hegemonías del pensamiento de forma directa, sino que es creando nuevas realidades, conductas, formas de relacionarnos… Y esto que acaba siendo aceptado por la mayoría, se convierte en la nueva hegemonía. Este es el trabajo más efectivo. Actuar no tanto enfrentándonos a instituciones sino aprendiendo a vivir de otras maneras para

que aquello contra lo que luchamos se quede atrás. No es no hacer nada, sino trabajar de otra manera.

Por eso es tan adecuado poder ver cómo se dan espacios como las cooperativas. Pese a seguir ciertas normas que las vinculan con el sistema, son un germen en tanto que crean formas alternativas de relacionarse económicamente y socialmente. O los propios talleres de masculinidad, en los cuales se muestra que los hombres pueden compartir y hablar de sus vulnerabilidades sin necesidad de violencia y de camuflarlas.

La Educación es la que debería estar en el centro de todo esto. Es un laboratorio y debería ser el germen de una nueva sociedad. Si fuera hay un mundo capitalista, patriarcal, capacitista, etc., hay que conseguir que en las escuelas se trabaje desde la horizontalidad y libres de todas estas cosas. Planteando y desarrollando nuevas formas de vivir y relacionarse que sean desde la cooperación y no desde la competición. Que puedan crecer al margen de todo esto y aprendiendo y normalizando otro tipo de prácticas para que, conforme se vayan haciendo mayores, vayan ocupando permeando más y más en las nuevas bases de una sociedad que vaya dejando atrás aquello que oprime. Dentro de que tenemos una responsabilidad con nuestro presente y nuestro futuro, como ya he dicho antes, trabajar desde la culpabilidad retrae y provoca reacciones neomachistas y misóginas, así que hay que entender que podemos vivir de otras maneras y que se planteen y pongan en práctica. Hay que hacer ver que el patriarcado es algo antiguo y que tiene que caer porque nosotros ya vamos a otra cosa. Es difícil porque nos cuesta salir del marco de lucha en el que estamos, pero es una manera muy transformadora.

Masculinidad y paternidad

Si pienso en qué esferas han sido relevantes para mi trayectoria vital y política en relación a mi masculinidad, tengo que poner en el centro la paternidad.

En mi vida adulta, como consecuencia de una separación no amistosa con la que en aquellos entonces era mi pareja, viví una separación de mi hija durante casi tres años. Esta decisión que tomó su madre no fue lo que constaba en la custodia que se acordó, por lo que yo decidí iniciar todo un proceso judicial contra ello. En aquellos entonces, mi hija, iniciando toda esta etapa a la edad de 8-9 años, estaba muy unida (e influenciada) por su madre, por lo que no puso resistencia a dejar de verme. Esto es algo que me ha costado comprender porque pensaba que mi relación con ella era buena. Que no había problema. Pero sí es verdad que en aquellos entonces era muy rígido e intentaba imponer cómo debía ser mi relación con ella. Esta actitud con ella era porque no lograba entender por qué mi hija estaba tan vinculada a su madre, hasta el punto de cuando estaba conmigo, antes de que nos separasen, buscaba hablar con ella cada día. Incluso cuando estábamos de vacaciones. A mí eso me cabreaba mucho y no lograba conectar con una posición empática frente a esta situación. También hubo unos desencuentros muy frustrantes. Fue a raíz de aquí que, por cómo me relacionaba, que su madre decidió separarla de mí. Esto para mí fue muy doloroso. Como una travesía por el desierto.

Todo esto me llevó a la necesidad de reflexionar sobre cómo me relacionaba con los demás, ya que no había sabido ejercer bien mi papel como padre. Opté por hacer un análisis de mi sentimiento de autoridad como padre, hombre e incluso como

profesor, pues esto también coincidió con problemas con mis alumnos, lo cual explico en el siguiente apartado.

Durante este proceso estuve yendo a terapia y, posteriormente, empezó todo mi proceso de querer entenderme y avanzar en términos personales y sociales respecto a las masculinidades. Fue muy importante para mí poder encontrarme con amigos y otra personas que me acompañaron en mi experiencia personal además de estar a mi lado a la hora de hacer todas estas reflexiones acompañadas de un movimiento social. Además, y de manera central fue gracias a tener una compañera de vida feminista que me ayudó a no caer en unos discursos misóginos y machistas en el que culpase a todas las mujeres de lo que me había pasado, a raíz del dolor tan profundo que sentía por lo que había hecho mi expareja.

Pese a que en el proceso judicial acabaron dándome la razón, y me concedieron la oportunidad de recuperar mis derechos de custodia, decidí no tomar esa vía porque involucraba unas prácticas muy abusivas relativas a traslados por parte de la policía. Entendí que buscar de nuevo una vía impositiva en nombre de la justicia no me llevaría a nada bueno. Entendí que si quería recuperar mi relación con mi hija debía dejar de imponer a la fuerza en todos los planos posibles, siendo tanto mi forma de relacionarme con ella como la forma en la que la quería recuperar.

La relación con mi hija la fui recuperando poco a poco a través de ir acercándome a diferentes espacios en los que ella estaba e intentar establecer una relación al margen de su madre. Pese a ser pequeña, conforme fue madurando, fuimos construyendo una relación de nuevo. Aún así no fue fácil porque me costaba desprenderme de ciertas maneras como comentarios de culpabilización de por qué me había hecho lo

que me hizo. Yo estaba dolorido y a veces no lograba gestionar eso. Mi hija reaccionaba negativamente como es lógico, por lo que el proceso fue lento. Sin embargo, ahora tengo una muy buena relación con mi hija porque logramos, poco a poco, recuperar la relación sin necesidad de forzar las cosas.

Pude trabajar esta dificultad de conexión con los sentimientos que tenía con mi hija, pero que también abarcaba el resto de relaciones que tengo. Es una dificultad que he tenido siempre y aún la arrastro. Me cuesta conectar con los implícitos y lo emocional aunque realmente me importe y me interese. Siempre me lo han dicho las personas que he tenido al lado. Esto lo conectaba con la masculinidad y esta dificultad en este plano emocional que tenemos muchos hombres por la educación que hemos tenido. Siempre hemos estado en el centro, por lo que las miradas iban hacia nosotros mismos, haciendo muy difícil que conectemos con otras personas y sus necesidades y sentimientos. Pero, como decía, el amor me ayudó a poder transitar todo un recorrido personal, pero también convirtiéndolo en un trabajo social y político, hacia una posición que me permitiera poder relacionarme mejor.

Con mi hija he podido llorar y reírnos conjuntamente dejando atrás el echarnos la culpa. También para esto fue muy importante aprender a pedir perdón y permitirnos perdonar y entender que hicimos lo que buenamente pudimos en su momento. Así es cómo pudimos reconciliarnos. Todo mi proceso me ha permitido darme cuenta de cuándo meto la pata, aunque siga teniendo esta sordera emocional, además de física. Ser consciente de esto me ha ayudado a intentar contrarrestarlo y buscar no ser tan analfabeto respecto a las emociones, los significados y todo lo implícito.

Asimismo, esto me ha permitido luchar contra esta educación sistemática que tenemos los hombres para aprender a dominar. De ser educado para ello. Para controlar, invadir y violentar. Además de que estas prácticas vienen de algo en lo que se basa la masculinidad tradicional, que es la desconfianza hacia el otro. Como si este pudiera ser un posible enemigo o que de una manera u otra pudiera joderme. Esto permea en todas las relaciones, siendo las relaciones entre hombres algo muy visible. Es esta predisposición de desconfianza en primera instancia. Por eso, para contrarrestar, el amor es algo súper eficaz, pero acompañado de la confianza.

Como consecuencia de esto, y siendo algo muy frecuente en los hombres, quiero ser abuelo. El motivo es porque sé que ahora mismo con todo lo que he aprendido y reflexionado, podría recuperar con mi nieto/a aquello que no he hecho como padre. Es como una segunda oportunidad de devolver aquello que no pude transmitir en su momento.

Masculinidad y vulnerabilidad en personas mayores

Este es otro gran tema. Es que cuando se habla de masculinidades hegemónicas se hace desde un perfil de hombre que entra desde que entras a la adultez hasta que te haces demasiado mayor. Esto pasa cuando empiezas a tener achaques, a necesitar que alguien te cuide, dejas de trabajar, entre otras muchas cosas que por empezar a no cumplir ciertos requisitos indispensables de autosuficiencia y omnipotencia, te van borrando de esta categoría de hombres. De pequeño no porque eres un crío y dependes, pero cuando siendo mayor también lo necesitas, te dejan fuera del mismo modo. Es por esto que veo que la masculinidad se encuentra en un perfil que se recoge en una franja etaria en concreto.

En mi entorno veo hombres que se encuentran en este proceso de adaptación y que buscan recuperar esa faceta humana del hombre que reconoce que necesita de los demás y de su familia, o incluso de cuidadoras profesionales. Además de haber dejado el trabajo, siendo este un posible eje central de la masculinidad, por lo que si te separas del mundo laboral, se puede quedar atrás una parte de tu masculinidad. Es como perder una de las lianas del árbol en el que intentamos sostenernos. Algo muy común que se daba antes era preguntarle a alguien qué era y que su respuesta fuera vinculada a su profesión.

Esta realidad de hacerse mayor la he tenido que vivir, y en mi caso ha sido con la sordera. Esto empezó cuando aún era profesor y así dificultándome las clases. Muchas veces no escuchaba o no entendía lo que me decían y esto provocaba burlas o hacían un poco el gamberro. Esto me generaba incomodidad y lo hablaba con mis compañeros, pero me decían que lo que tenía que hacer era imponerme, poner los huevos encima de la mesa y, si era necesario, poner partes a quien fuera. Sin embargo, en lugar de hacer esto, un día tomé una decisión que cambió mi vida en adelante. Decidí hablar con los alumnos y exponer mi situación. Les hablé del problema auditivo que tenía, les pedí perdón por todas las veces que me habían preguntado y no les atendía o les respondía con otra cosa, y les pedí que me echaran una mano a llevar la clase. Esto cambió completamente la dinámica de la clase, y me hizo ver que gracias a exponer mi posición de vulnerabilidad y hacer visible la realidad que estaba viviendo (lo cual fue un grandísimo aprendizaje para mí), no solamente no perdí autoridad, sino que gané respeto. Y es a partir de aquí que también cambió mi forma de entender el concepto de autoridad. Esta demanda tan masculina y que se pone en juego en muchos contextos. Este concepto no tiene porqué estar relacionado

necesariamente con el poder y el dominio. He entendido que la autoridad no se debe exigir ni imponer, sino que es algo que los demás te dan. Y a mí manera, haciéndome visible y acercándome a ellos de manera humana, logré tenerla.

Para mí esto fue un gran alivio, aunque al principio todo eran dudas. Era entrar en un terreno desconocido y que estaba fuera de lo que uno acostumbra a hacer, pero ver que hablar con el corazón en la mano puede recibirse de una manera tan agradable y bonita que puede que de otras maneras, si no se hace este paso de exponerse, no se consiga igual.

Es por esto que aunque pedir ayuda sea algo muy costoso, y sobre todo para los hombres, los beneficios son más que positivos para que nos planteemos si es una práctica que deberíamos incorporar. Es saber bajar de esa posición de poder tan hermética y separada y saber enseñar tus emociones y miedos. Es de esta manera que se rompen muchos esquemas de los hombres y se da pie a nuevas formas de vivir. De la misma manera que saber pedir perdón.

Por otro lado, una vez finaliza la vida laboral, ese pilar en los hombres, te encuentras de frente con que debes conectar con una parte humana de ti mismo. De tener que volverte hacia ti mismo y mirarte, sentirte y hacerte unas preguntas que anteriormente no te las hacías o las dejabas en espera porque esa vida desenfrenada que ofrece el trabajo te permitía excusarte. ¿Qué quiero hacer en mi vida? ¿Cuáles son mis prioridades? ¿Qué me gusta hacer? ¿Cómo quiero emplear mi tiempo?. Es entrar en una etapa vital en la que recuperas un tiempo mucho más lento y humano, conectado a tu propio ritmo vital y sin forzarte a nada. Es volver a tener el tiempo y el espacio para cuidar las relaciones que anteriormente no cuidabas, o no con la calidad que requieren.

Es por todo esto que, al conectar con emociones y vulnerabilidades, pienso que es una época de la vida en la que se podría trabajar la masculinidad. Habría que buscar la manera de llegarle a estas personas y que se evoquen todas las experiencias para reflexionar, del mismo modo que se hace con la paternidad.

Asimismo no podemos escaparnos de la realidad sociodemográfica que vivimos en la que en una población envejecida, la proporción de personas mayores no solo es mayor, sino que está en aumento. ¿Qué vas a hacer con esto? ¿gasearlos? Si no es el caso, igual hay que hacer algo con ellos y con la influencia que tienen en la sociedad y en sus propias vidas.

Sé que es un melón a abrir aún. Hay mucha materia pero está todo por hacer, y esto hace que tampoco se sepa bien bien cómo empezar. No hay experiencias para usar como referentes, pero esto no quita lo relevante e interesante que puede llegar a ser entrar en esta esfera.